

desde Chalons al mando del príncipe Real, y el cuerpo del Rey tomaba una dirección paralela á la dirección del cuerpo mandado por su heredero.

Indudablemente Mac-Mahon estaba perdido. La frontera belga tan cercana, era como un abismo abierto á sus espaldas; todas las tropas que al terreno neutral llegarán, tropas perdidas. Las fortalezas sólo servirán para procurarle una trampa tan triste como la trampa de Metz y sin sus formidables defensas. Los rápidos movimientos de los dos ejércitos prusianos habían de reunirlos, y su reunión había de ser fatal para las tropas francesas.

La estrategia prusiana ha sido admirable.

Al llegar Mac-Mahon á Sedan pudo decir que con otro día de marcha atacaba por la espalda al príncipe Federico Carlos, mientras Bazaine lo atacaba de frente, con lo cual acaso hubieran experimentado los alemanes su primera derrota.

Pero el día veintinueve ya estaba en Sedan el príncipe heredero con la misma exactitud, con la misma puntualidad con que llegó á la cita de Sadowah. No había más remedio que dar aquí una gran batalla. Si la pierden los franceses, el ejército regular francés ha desaparecido. El ánimo está de tal suerte perplejo, que sólo se atreve á murmurar estas palabras: «Sea la victoria de aquel combatiente que defiende el mejor derecho.»

## CAPITULO XLV.

### LA DERROTA.

#### *Día 4 de Setiembre.*

El grande encuentro empieza el día treinta con Mac-Mahon de un lado y el Rey de otro; y dura en realidad tres días. El campo de batalla se extiende entre Sedan y Mezieres. Mac-Mahon, si no puede romper la línea de los prusianos, que es su aspiración suprema, cuenta con refugiarse en una de las dos fortalezas. Pero esta esperanza es desesperación. Sitiado una parte del ejército en Metz, otra aguardando el sitio de París; divididas tantas fuerzas en plazas asediadas como Toul, y Phalsburgo y Estrasburgo, esa nueva paralización sería como el aniquilamiento de todo el ejército francés. Si una feliz maniobra prusiana arroja á Mac-Mahon sobre Mezieres ó Sedan, Mac-Mahon se estrella. Su gran desgracia, la mayor, es verse forzado á aceptar una batalla defensiva. Estas batallas son difíciles para todos los ejércitos, son casi imposibles para ese ejército francés, impaciente para el ataque, audaz al ofender, siempre valeroso, pero no muy apto para la resistencia.

Así ha resultado para desgracia de Fran-

cia. La resistencia es heroica, la batalla un prodigio de valor, de rabia, de desesperación. Todo el día treinta ha resistido Mac-Mahon, todo el día treinta al grueso del ejército prusiano. La tenacidad germánica no ha logrado desconcertar aquel valor sereno. El heroísmo francés que tanto vale para el empuje, vale también para la defensa. Han sabido pelear, morir á pié firme, como aquellas murallas de ingleses que en Warterlób caían, y que tanto admiraban á Napoleon. El día treinta y uno Mac-Mahon había recibido refuerzos de Mezieres. Tal vez eran los treinta mil hombres que el Emperador Napoleon había dejado para custodiar á su hijo, al heredero del descuartizado Imperio. Si el primer día tiene Mac-Mahon estos hombres triunfa. Con razón escribe este retruécano un publicista: «los revolucionarios franceses decían, sálvese un principio y que perezcan las colonias: los cortesanos del César dicen; sálvese un príncipe, y que se pierda Francia.» Mac-Mahon, al recibir este refuerzo, se rehace, pugna, casi tiene vencido al ejército del Rey. Pero

en esto llega el príncipe Real, rehace el valor alemán, carga con número superior, y aniquila al enemigo. Varios regimientos del ejército francés se refugian en Bélgica donde son desarmados y prisioneros; otros huyen á Sedan; cuarenta mil capitulan; veinticinco mil mueren sobre el campo de batalla; MacMahon cae mortalmente herido. Mientras tanto Bazaine procura romper la línea alemana, pero es rechazado sobre Metz donde, sin provisiones, sin víveres, con el tífus, la viruela, y otras mil enfermedades más homicidas que la metralla, no tiene otro recurso sino rendirse á la discreción del enemigo. Y ha perecido el ejército regular de Francia.

*Día 5 de Setiembre.*

Pero ¿qué es del Emperador? Como D. Rodrigo en la batalla de Guadalete, quizá ha buscado en las armas enemigas su fin; quizá se encuentra su cadáver entre los montones de los muertos, con la ira todavía relampagueando en los ojos apagados y en los contraidos labios. Si una bala no lo ha matado, lo matará el remordimiento de ver los franceses tendidos en el campo de batalla, los ejércitos aniquilados, las ciudades incendiadas, su patria invadida, á merced del extranjero. No era, no, demencia tan grande, como cree nuestro apocado espíritu moderno, la decisión suprema de aquellos héroes antiguos, que al ver morir la idea, ó la institución, ó el pueblo á que habían unido su vida, se suicidaban, morían con el espíritu de su espíritu, como Catón en Utica después de la victoria de César, y como Bruto en Filipos después del fin de la República.

Napoleón I, allá en Fontainebleau, cuando tras la campaña del catorce, vió su púrpura rasgada, su ejército rendido, su Senado destituyéndolo, sus enemigos en París, y los mariscales á quienes había elevado en alas de su genio militar, exigiéndole la abdicación, se aplicó á los labios el anillo que llevaba siempre al dedo con un veneno, absorbió una parte de él, y hubiera muerto entre las ruinas de

su trono, abrazado al cadáver de su fortuna, si no se lo impiden ciertos retortijones de tripas, producidos por el tósigo, que le parecían bien poco heroicos y poéticos. El suicidio del gran César, se redujo, pues, á una mera diarrea. Mas al fin aquel tenía un nombre con que llenar la historia; una campaña sublime con que cubrir su derrota; y la coalición de Europa entera bajo la cual no era deshonoroso desplomarse, hundirse, cediendo al número y á la fuerza, bajando la frente á los mandatos del destino.

Pero este ha muerto por pequeñeces, porque sus ministros de Hacienda devoraban todos los años cien mil hombres, que constaban como efectivos, y que sólo tenían efectividad en las casillas del presupuesto; porque sus generales, cortesanos en demasía, habían olvidado en los placeres de los salones la ciencia de las batallas, olvido sólo rescatado por sacrificios sublimes, por muertes heroicas; porque desconocía el arte político y el arte militar de sus enemigos; porque deseaba á toda costa fundar una dinastía, vincular en su familia, en su hijo, el espíritu tempestuoso de un gran pueblo. Deshonrado, envilecido; sin refugio alguno, ni en la historia ni en la conciencia humana, sin mando en el ejército; sin valor para pelear; sin esperanza de volver á su trono, desarraigado por una sola batalla; vulgar ambicioso que se plega al primer desastre, sólo puede lavar la mancha de su vida con la sangre de sus venas.

Pero ¡ah! que ha representado en el trono el epicureísmo, y tiene, como todos los epicúreos, miedo á la muerte. No, no morirá, no, no se suicidará. Buscará un Santa Helena de carton en cualquier lugar donde haya muchas decoraciones de ópera cómica, y donde se baile un can-can desenfrenado, á cuyos ecos muera ese Heliofáballo, de placeres sensuales hartos.

Pero ¿dónde está el Emperador? En cuanto la batalla de Sedan se acaba, un parlamentario francés aparece en el campamento ale-

man, y pide ver al rey con urgencia. El rey le recibe; pero no le encuentra bastante autorizado para cumplir su cometido, el cometido de una capitulación. Mostrándole el campo sembrado de muertos, la frontera belga cercana, la plaza sin fuerza para la resistencia, dice que sólo queda un recurso al ejército francés; rendirse á discreción. Cuando el parlamentario vuelve, no se sabe cómo, no se sabe por qué; pero un rumor sordo divulga la noticia de que el Emperador está en Sedan.

Indescriptible alegría se extiende por el campamento alemán. Los soldados tiran las armas, se abrazan, lloran, gritan, llenos de entusiasmo: se ha concluido la guerra. Los acentos de la Marsellesa inundan de alegría los pechos alemanes. Dichoso cántico, que todos pueden hoy entonar como el cántico de la libertad. Dichoso cántico, que reconcilia los pueblos enemigos en el recuerdo de una época en que todos pasamos de siervos á ciudadanos.

A los pocos instantes se presentó un parlamentario con carta autógrafa del Emperador de Francia al rey de Prusia. Cuando los alemanes se enteraron de la existencia de esta carta, el júbilo llegó al delirio. En pelotones se aproximaban á la tienda de Bismark, y le pedían que apareciese á fin de consagrarle una triunfal ovación. Bismark decía que ninguna gloria le tocaba de esta guerra; que toda, toda entera debía recaer sobre el rey, sobre Moltke, sobre los príncipes Carlos y Federico Guillermo. Su gloria era haber reunido los pueblos del Norte á los pueblos del Mediodía de Alemania para que juntos combatieran y cosecharan juntos los laureles de estas victorias que extenderán su sombra eternamente sobre los timbres de la comun patria.

Yo nunca he sido amigo de Bismark. Pero declaro aquí que su gloria es más alta, su gloria es haber concluido con el Imperio

austriaco, la clave de la reacción europea; haber concluido con el Imperio francés, la clave de la reacción occidental; haber concluido con el poder político de los Papas, con ese poder político, cúspide altísima de todas esas monstruosas pirámides levantadas sobre las espaldas de los pueblos con crímenes y tinieblas.

Pero volvamos á la narración. La carta autógrafa de Napoleón dice que ningún mando tiene en el ejército, que confía la suerte de Francia á la regente, que se entrega á la generosidad de su enemigo, prisionero de guerra. El rey le recoge bajo su amparo. ¡Infame César! Ha preferido ver la cara de su contrario, el rey de Prusia, á ver la cara de su pueblo, el juez, el soberano. ¡Infame! Se entrega cobardemente al vencedor, y abandona en el supremo último instante, por unos días de vida, la nación que le ciñó la más espléndida corona de la tierra. No hay en la justicia humana un castigo bastante grande para ese tirano. Es necesario volver los ojos á la justicia divina para pedirle una pena proporcionada en duración é intensidad á su tremendo crimen.

La impasibilidad de su rostro cuando en el campamento enemigo aparece, anuncia la falta de conciencia. Va vestido con todo cuidado. Fuma su histórico cigarrillo de papel que envuelve en humo el rostro. Lujosa carretela le conduce. Ayudas de campo le acompañan; una nube de lacayos vestidos de verde y galoneados de oro le sigue. Cuando se apea, se apea de un trono que había levantado con una soldadesca ebria de pólvora y aguardiente, en una noche eternamente funesta para el género humano. Sus generales muertos, sus soldados tendidos por los campos, él, vivo para mayor castigo, destronado y preso, oyendo las maldiciones de su pueblo y de la historia, ¿no le habrán dicho que hay justicia en la tierra?